

sado por Sevilla guarda su melancolía original. Mas la inspiración inmediata ha sido calentada por un fuego del trópico. De tal guisa en las poesías *Astronomía, Rosas y Lirios* y otras. Mas, la descendencia castiza se advierte de pronto, brota en sonoridades tradicionales como en estas estrofas tan ortodoxas en que apenas disuena tal o cual epíteto de modernidad:

La blanca niña que adoro
lleva al templo su oración,
y, como un piano sonoro,
suenan el piso bajo el oro
de su empujado tacón.
Sugestiva y elegante
toca apenas con su guante
el agua de bautizar,
y queda el agua fragante,
con fragancia de azahar.
Luego, ante el ara se inclina,
donde un Cristo de marfil
que el fondo obscuro ilumina,
muestra la gracia divina
de su divino perfil.
Mirándola así, de hinojos,
siento invencibles antojos
de interrumpir su oración
y darle un beso en los ojos
que estalle en su corazón.

Hay en el fondo y aun en la expresión de todas las poesías de Fabio Fiallo, como en los homenajes amorosos de ciertos caballeros legendarios, una gran castidad: no la castidad cerebral poeana, sino una como religiosa y cordial. El piensa en veces en «las leyendas de viejos castillos»,

con sus torres y almenas,
sus puentes levadizos,
sus rudos centinelas,
y en la ojival ventana
la cuitada doncella,
que confiaba a la noche
su amor y sus tristezas...

A través de varios cortos poemas se transparenta una historia sentimental, cierta, vivida, sufrida. Se entrevén odios, recelos, enemigos, horas solitarias de padecimientos. Asuntos de terribles políticas, llevan a la prisión a ese amable y sensible rimador de eróticas querellas, y desde su celda ha de seguir cantando a las damas hermosas:

Princesitas del mágico ensueño,
que sentís mi prisión y desgracia,
y por verme a través de mis rejas,
cada día bajáis al Ozama...

¿Hay varias pasiones, varias amadas? Es posible, tratándose sobre todo de un poeta. Pero una sobre todas, aparece flagrante y ardiente en la parte del volumen que se titula *Tristezas de un amanecer*. Allí se habla de un nombre que nunca se dice en alta voz, de una dulce victimaria, de «la amada querida y eterna, la novia del alma», de una saeta mortal, de una noche de fiesta en que estallan los más candentes celos, de una faz tan pálida, «que entre los muertos mismos honda impresión causara» «de cierta alegría im-

púdica», de una mujer fatal y engañoso, mujer, de una mujer en fin cuyo recuerdo emponzoña la memoria del que la recuerda...

La parte que se llama *Flores del Sendero* es de elegancias y declaraciones galantes. Allí se demuestran naturales y claras simpatías. Traduce a Musset, se expresa madrigalizador y romántico. Y en lo último del libro un final autumnal, una blanda y resignada tristeza, todo siempre bajo el vuelo de la armonía.

Pocas veces he escrito sobre un poeta con tanto placer como ahora. Yo amo las almas de perla y los tratos de seda.

RUBÉN DARÍO

París, 1911.

Y para terminar, algunas poesías escogidas en el bello tomo de *Canciones de la Tarde*:

TRAS LA SUTIL EMBOSCADA

(Para HORACIO BLANCO FOMBONA)

Anoche, en el espléndido
salón de locas danzas,
ella, cual una reina,
sus caprichos dictaba
entre alevés sonrisas
y engañosas miradas.

Y el frágil abanico
que en sus manos volaba,
encubriéndole a veces
la risa, semejaba
cándida ala de un pájaro
que al borde se posara
de la más fina y páfida
y sutil emboscada.

Improvisó resuena
un prelude de danza;
en rededor de la hermosa
hay tropel de casacas;
cien rivales a un tiempo
dispútanse llevarla
en voluptuoso giro
a través de la sala.
Chispean las pupilas
como un choque de espadas
ansiosas de dar muerte.
Con intención dañada
finge ella que vacila
entre la cortesana
turba que la rodea;
pónese en pie, y su gracia
es turbador perfume,
que el salón embalsama,
de la más bella y fina
flor de las elegancias.
Como en lance de vida,
la ansiedad se retrata
en los viriles rostros:
¿quién logrará la palma?...

Ella la faz esconde
breve instante en el ala
de su abanico, y suena,
como un clarín pirata
que de todos se burla,
su alegre carcajada...

Después, indiferente,
su mano aristocrática
a uno cualquiera fía
y hacia el salón se lanza.

Abandonado yace
su abanico de nácar,
que fuera, enantes, leve

y fina ala posada
sobre la más graciosa
y páfida emboscada,
y tras del cual, vibrante
como un clarín pirata,
resonó de la hermosa
la alegre carcajada.

De él me apodero ansioso
y con presteza y maña
ocúltolo en el pecho.
El corazón me salta
cual águila que quiere
romper su estrecha jaula.
A un rincón solitario
me acojo de la estancia.
Calladamente saco
la prenda codiciada.
La abro con el respeto
de las cosas sagradas...
Dios mío, el abanico,
está empapado en lágrimas!

FLOR DE SANGRE

Dicen que son sus labios
botón de flor extraña
que en sangre humedecido
sorprende la mañana.

Ay! quien sabe los tiña
cada noche en la savia
que ardiente y gota a gota
del corazón se escapa,
desde que la noticia
de su traición callada
en mi amoroso pecho
entró como una daga,
y escondida en mi orgullo
a todas las miradas,
allí por siempre vive,
allí por siempre sangra,
cual sangra y vive oculta
una incurable llaga...

Por eso son sus labios
botón de flor extraña
que en sangre humedecido
sorprende la mañana.

PIERROT

Para la dulce compañera
de LEOPOLDO LUGONES.

Hablábase de amor que es tema siempre
selecto en todo frívolo salón,
y como yo callara, hermosa dama
pidió mi parecer en alta voz:

—¿El amor?... ¡Bah, señora!... Y dije
[entonces]
tan lindos chistes puestos en razón,
con tanta gracia y tan sutil donaire
supe burlarme del pequeño dios,
que a poco vi la concurrencia entera
aplaudir mi sarcástica opinión,
y más de una preciosa boca roja
me otorgó un gestecito eucantador...

Ay! sólo tú en tu oscura cárcel gélida
no reías, llorabas, corazón!

LIS DE FRANCIA

Para ARTURO LOGROÑO

Leve olor de un lis de Francia
se insinúa por la estancia
donde se viste mi amor,
ese olor es la fragancia
de su ingénita elegancia,
su propio aroma de flor.

Copia en mitad de la alcoba
un tocador de caoba
su blancura de jazmín,
mientras blanda piel de loba
en el deleite se arroba
de besar su pie gentil.